

Pablo d'Ors

Andanzas del impresor Zollinger



Galaxia Gutenberg

PABLO d'ORS

Andanzas del impresor Zollinger

Galaxia Gutenberg

También disponible en eBook

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: febrero de 2020

© Pablo d'Ors, 2003, 2020
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2020

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Pl. Verdaguer, 1 Capellades-Barcelona
Depósito legal: B 923-2020
ISBN: 978-84-17971-73-1

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Para Fernando Kuhn, amigo del alma,
y para quienes viven lejos de su patria

Hay que volar por todos los mares,
pero hay que procrear en un nido.

Xènius

Dramatis Personae

August Zollinger
Magdalena Forsch, la telefonista de la ferrovía
Ferdinand Klopstock, soldado

Albin Staufer, el impresor de Romanshorn
Rudolf Staufer, su hijo
Gaspare Naldi, su socio

Gerhart Weber, ferroviario suicida
Ferroviarios de Schwabing, Eisen y Darmbrücken

Soldados del tercer batallón de caballería:

Francis Walser, suizo tartamudo; Saphir, húngaro de negros y poblados bigotes; Efraim Eyck, «el holandés»; Karl Ramuz, apicultor; Christopher Ohnet; Peter Arx; Georg Thaler; Hermann Seume; Bruno Eisoldt; Otto von Bloesch; Büchner; Greif; director del coro; solista Dornach; solista Schlatter

Truder, Frieder y Heinz, compañeros de infancia
Georg Frouchtmann, profesor de dibujo
El alcalde de Rosenwohl

Funcionarios del ayuntamiento de Appen-Tobel:
- Jacob Mazenauer, funcionario de segunda
- Loos, jefe del despacho
- Julius Weibel, funcionario de segunda
- Achim, muchacho
- El alcalde de Appen-Tobel

Liese Schmeller, panadera
Esposo de la panadera
Mujer del funcionario Mazenauer

Tobias Schneider, viejo zapatero

I

Romanshorn

Hasta los veintisiete años August Zollinger no había desarrollado ninguna profesión u oficio –ni siquiera alguna actividad esporádica que pudiera considerarse de beneficio público–, motivo por el que todos en Romanshorn, población de la que era oriundo y de donde nunca había salido, se asombraron mucho el día en que el joven Zollinger clavó sobre la puerta de su casa un letrero en el que, con caracteres de gran tamaño, podía leerse la palabra «IMPRENTA».

La sorpresa de los vecinos estaba justificada: desde hacía más de tres generaciones Romanshorn contaba con una imprenta, en cuyos destartalados talleres, de altos techos y luz mortecina, trabajaba el viejo Staufer, a quien los paisanos llamaban «el impresor de Romanshorn». Tan acostumbrados estaban todos a referirse a él con esta expresión, que nadie sabía que el viejo Stau-

fer, cuyo rostro estaba visiblemente congestionado por el abuso del alcohol, se llamaba Albin, nombre que él –quién sabe por qué razones– había pasado la vida tratando de ocultar.

En aquella vieja imprenta, frente al monumento de la plaza mayor dedicado a Richard Wagner –en recuerdo de la noche que el célebre compositor pasó en Romanshorn–, trabajaba también el hijo del viejo Staufer, Rudolf Staufer, quien esperaba hacerse cargo del negocio paterno en cuanto su progenitor le considerara preparado, momento este que, a su pesar, se dilataba ya desde hacía varios años. En su fuero interno, también Rudolf, el pequeño de los cuatro hermanos Staufer, ya casados y lejos del hogar, deseaba ser llamado un día «el impresor de Romanshorn», oficio con el que estaba familiarizado y que, por sus dotes manuales, desempeñaba con extrema habilidad.

Atendiendo a estas circunstancias, el letrero que August había clavado sobre la puerta de su casa, también en la plaza mayor, si bien lejos del monumento a Wagner, no podía sino ser considerado una amenaza para los Staufer, acaso un agravio. Los habitantes de Romanshorn, población tranquila de la rica comarca del Appen-Tobel, famosa por sus vinos, se dispusieron por ello a presenciar lo que prometía ser una encendida desavenencia entre vecinos.

Los que frecuentaban al desocupado Zollinger –pocos, pues el joven era de carácter esquivo y taciturno– aseguraron que nada más lejos de la voluntad de su amigo que provocar una polémica y ofender a los Staufer, conocidos en el Appen-Tobel por la imprenta y por su proverbial irascibilidad. Los pocos que trataban con August –quien a causa de su talante melancólico se recluía con enfermiza asiduidad en los bosques de los alrededores– sabían bien que no era un capricho aquel letrero que había hecho instalar sobre la puerta de su casa, y cuyo lema –como ha quedado dicho– rezaba «IMPRENTA» en grandes caracteres. En efecto, las provisiones de tinta y pliegos con que había logrado hacerse no eran un antojo; ni tampoco las grandes mesas que había hecho traer de Rorsdorf, así como la prensa y la guillotina; ni, en fin, su firme decisión de convertirse en impresor de Romanshorn, por mucho que el destino hubiera querido reservar esta misión para el pequeño de los Staufer, hacia quien –todo sea dicho– guardaba cierto resentimiento a causa de una vieja rivalidad.

Ya fuera por los altísimos techos de la imprenta de los Staufer o por la misteriosa y mortecina luz de sus talleres, o quizá por el fuerte olor a tinta que desprendía el local, el caso es que, desde niño, August se sintió irremisiblemente atraído por el

oficio de impresor. Ya con seis años eran muchas las tardes que pasaba sentado sobre un taburete en un rincón de la imprenta, viendo cómo el viejo Staufer prensaba el papel y extraía grandes pliegos de unos rollos inmensos que tenía clavados en la pared y que poblaron a menudo los sueños de su infancia. Fascinado por el proceso de producción del libro, el pequeño observaba cómo el viejo preparaba amorosamente el papel, colocándolo en la prensa, para eliminar así el aire que pudiera quedar entre las hojas. Con ojos grandes como platos seguía el movimiento de las manos expertas del impresor, introduciendo los cordeles en la textura y ajustando la distancia entre unos y otros, no sin antes haber impregnado el cordel en cera, para vencer de este modo las naturales resistencias del papel. De todas aquellas lecciones mudas, August aprendió, por ejemplo, que la costura podía hacerse de un extremo al otro del libro (a la española), alterna cada dos pliegos (a la francesa), o incluso con cintas (para libros de especial grosor). Rompiendo su habitual hermetismo, Staufer padre le explicó en cierta ocasión cómo los acabados podían ser en rústica, en tela o incluso en piel –si es que el cliente era adinerado–, permitiendo que le ayudara a pegar el primer pliego a la primera hoja, para asegurar la consistencia del tomo.

Pero lo que más le gustaba al niño Zollinger era, sin duda, el momento en que el viejo impresor golpeaba el lomo con un martillo diminuto, para así dar al volumen la justa flexibilidad.

Por otro lado, el ruido de la maquinaria tipográfica, así como la fragancia de la tinta fresca extendida en los rodillos, quedarían indeleblemente grabados en la memoria del hijo de los Zollinger. Así las cosas, mientras Rudolf Staufer, con quien compartía el pupitre de la escuela, se iba a los bosques a jugar con el resto de los muchachos, el pequeño August contemplaba al padre de Rudolf en el desarrollo de su oficio, admirando la maestría con que encolaba los cartones con una brocha o con que cosía los cordones a las páginas, por ejemplo, o su habilidad para que un fardo de papeles quedara perfectamente ordenado en una pila; o, y esto era lo que prefería, embriagándose con aquel olor a tinta que impregnaba la atmósfera.

Por todo esto, al viejo Staufer no le sorprendió aquel letrero sobre la casa del joven Zollinger, lo cual no impidió que su rostro se congestionase más de lo habitual y llegara a su casa barbotando una blasfemia. Esa misma noche el viejo impresor de Romanshorn habló de este espinoso asunto con su hijo Rudolf, muy irritado también por lo

que ya consideraba una gravísima afrenta. Al parecer, padre e hijo resolvieron en aquel conciliábulo nocturno tomar una decisión drástica y eliminar el problema de raíz.

Algo terrible sucedería seguramente esa madrugada entre los Staufer y el aspirante a impresor, pues a la mañana siguiente el letrero «IMPRENTA» ya no colgaba encima de la puerta de la casa de August ni en ningún otro lugar. Aquel letrero, sin embargo, no fue lo único que desapareció de Romanshorn: al propio August nadie lo vio durante esa jornada ni en los días siguientes. Amparados en la legendaria irritabilidad de los Staufer, muchos llegaron a sospechar que ellos habían hecho desaparecer al muchacho, cosa que, por extraño que parezca, nunca negaron los impresores. Por si esto fuera poco, al joven de los Staufer le había cambiado la cara desde que August no estaba en el pueblo: su rostro, otrora franco y jovial, se había ensombrecido. Miraba a los demás como si acabara de levantarse tras una noche en blanco, o como si ya fuera un viejo cansado de vivir.

Cuando los vecinos de Romanshorn estaban ya francamente preocupados por el destino de August Zollinger, cuando la policía ya había sido alertada de la repentina ausencia del joven y ha-

bía iniciado sus pesquisas, llegó la noticia de que August trabajaba de ferroviario en la población de Rosenwohl, famosa en toda Austria por su elevado índice de suicidios, superior incluso al de Salzburgo.